

Londres o Nueva York dirigen los grandes sindicatos y corporaciones que comercian en lanas, carnes, azúcar, petróleo y minerales, sepan y tengan presente que en las tierras que colonizará la España de Santa Teresa y Loyola, Saavedra Fajardo y Calderón, no sólo se producen esas materias primas, sino también seres humanos que siguen la tradición de aquellas cumbres de la humana inteligencia; cuando los periódicos de Nueva York y de Londres no sólo hablen de la cotización del cobre o del algodón, sino también de nuestra producción espiritual, entonces, únicamente entonces, podrá afirmarse que se inicia una época de fraternal y hermosa compenetración de dos culturas que ahora mutuamente se ignoran, y podrá empezar a hablarse de la posible realización del ideal pan-americano hoy tan llevado y traído para bien de las marcas de fábrica que protege el Tío Sam, y menoscabo de nuestro libre e independiente desarrollo como miembros de colectividades soberanas y autónomas.

Ya se han traducido en Nueva York el «Ariel» de Rodó, «La Busca» de Baroja, el teatro de Martínez Sierra, los Quintero y Benavente, para no referirnos al triunfo no tan merecido como rotundo, de Blasco Ibáñez. Ahora necesitamos que se conozca bien en Inglaterra y sobre todo en Estados Unidos a hombres como Zorrilla de San Martín, Lugones, Ingenieros, Rojas, Vasconcelos, Varona, García Calderón, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Ernesto Quesada y esa pléyade ya innumerable de escritores, críticos,

filósofos y publicistas, que, mediante un esfuerzo honrosísimo de auto educación, han logrado sintetizar en su personalidad intelectual y en su sensibilidad de hombres actuales, las cualidades tradicionales de la espiritualidad francesa y la rica urdimbre de las virtudes celtibéricas. Hombres, estos, ya apercebidos a la gran batalla de ideas y sentimientos humanos que fraguará la civilización del porvenir, hombres que han puesto en la más viril de sus universidades un letrado que afirma:

«POR NUESTRA RAZA  
TRIUNFARÁ EL ESPÍRITU»

Si en Lima, Buenos Aires, la Habana y México leemos a Kipling, Chesterton y Bernard Shaw, a James, a Dewey y a Santayana, bien podemos aspirar a que no sea necesario que surja un imperialismo mercantil y militar de Hispano-América, para que los portavoces de su espíritu sean escuchados. Tal vez baste el interés de conquistar nuestros mercados. Pero para esto es necesario—es necesario, señores diplomáticos del Perú y del Brasil, llamados ya a razón por «El Sol» desde Madrid—no servir de inconcientes instrumentos a los «políticos» del dólar y del «big-stick», y seguir la tradición honrosísima de los grandes patriotas argentinos que se llamaron Alberdi, Estrada, Drago, Mitre, Sáenz Peña...

EDWIN ELMORE

Lima, abril 15 de 1923.

(Mercurio Peruano, Lima).

## De los libros que nos llegan (Índice)

R. BLANCO FOMBONA: *La Máscara Heroica* (Escenas de una barbarocracia). Editorial Mundo Latino. Madrid.

Hemos leído con el mayor interés esta obra. Al concluirla hemos sentido coraje, vergüenza, tristeza. ¡Parece increíble que a pocos pasos de Costa Rica, en la desgraciada Venezuela, ocurran las escenas que pinta Blanco Fombona con caracteres de fuego. Nos hace pensar el destino—que ha de ser glorioso—reservado por la Providencia a países como Guatemala y Venezuela, tan azotados por las tiranías. No es creíble que sigan siendo los días malos para naciones que pasan por un calvario tan horrible. Pero en el caso de Venezuela, lo más horrible es la indiferencia con que la ven sufrir—¡hace ya tantos lustros!—los podero-

sos de la tierra, los países hermanos del Continente. ¿Cómo es posible que no se haya creado una sanción internacional americana que purgue a estas naciones de los monstruos que suelen azotar y los nulifique y los exterminen en breve tiempo? Ya es hora de eso. Léase esta obra de Blanco Fombona y se verá cómo el corazón se oprime y se subleva a la vez con tanto iniquidad.

Destacamos de la obra dos irónicos pasajes:

—¿Qué hacemos con los demás oficiales y con tantos estudiantes? Como casi todos son de Caracas, y en Caracas viven sus deudos, las familias van a volvernos locos con menudeadas exigencias.

Gómez se quedó meditabundo. No había pensado en ello.

—¿Cuántos hay?—preguntó.

—Lo menos sesenta.

—Pues repártalos entre el Castillo de Maracaibo y el Castillo de Puerto Cabello. ¡Ah! Y mañana daré un decreto cerrando la Universidad.

—No recuerdo que grande hombre ha dicho que la República no necesita de sabios—expuso Márquez, aprobando la medida.

—Pues yo pienso lo mismo—agregó Juan Bizonte.—No necesitamos de sabios, ni de abogados ni de bachilleres revolucionarios.

### EL NUNCIO Y EL CONDE DE LA MULERA

—Yo no recibo a nadie más. Estoy harto. Me voy a Maracay: aquellas vaquitas conversan menos, exigen menos y producen más que toda esta gentuza.

El amigo Márquez se consternó.

—Y al Nuncio de Su Santidad, ¿no quiere usted recibirlo, general?

—No. Ese cura vestido de azul es un bribonzuelo: usted no lo conoce.

—Es el decano del Cuerpo diplomático, general. Es un gran admirador de usted; él se vanagloria de haber influido para que Su Santidad condecorara los méritos de usted con el bello título de Conde; y usted es hoy, general, el único venezolano que puede unir a su nombre un título nobiliario.

—Psh—hizo Gómez alzando los hombros con desprecio.

El pobre diablo de Márquez, personaje rural que sudaba cretinismo, creía de algún valor los condados del Papa. Hubiera dado lo indecible por alcanzar título semejante. ¿No sabía que por unas cuantas pesetas habría podido procurárselo?

Gómez, hombre práctico, daba importancia a su título por motivos de otro orden. Aceptó aquel título, no por mero ruralismo ignaro y grotesco, ni por fe religiosa, ni porque creyese en aristocracia que no fuera la del sable, sino con mayor picardía: para mirar sancionados sus asesinatos, sus estupros y sus desfalcos por la primera autoridad moral del mundo cristiano.

El conde Gómez sabe que lo apodan conde de la Mulera, y aquello lo pone furioso, como el más grave insulto.

La Iglesia católica no ennoblecía el bastardo patán a humo de pajas. La Iglesia que ha erigido en el Vaticano una estatua a García Moreno, tirano del Ecuador, «concede el bello título de Conde» al antiguo sirviente, al matador de reses y de hombres, al gañán de la Mulera, al monstruo de los Andes, como para asociarse en alguna forma a la última tiranía que deshonrara a la Humanidad y no romper las tradiciones de la Santa Sede.

Las armas del matarife ennoblecido podrían ser un becerro que chupa y